

# Cuando EEUU apoyaba la unidad europea

**Belén Becerril Atienza**

---

Pocos días antes de asumir la presidencia, Donald Trump aseguraba en una entrevista a Michael Gove del *Times* y Kai Diekmann del *Bild*, que el Brexit “acabaría siendo una gran cosa”, y “otros países se irían también”. Igualmente, hizo saber que él mismo, a su modo, lo había predicho –“I sort of, as you know, predicted it”– y que, en definitiva, “sería difícil evitar que la Unión Europea se desintegrara”.

Unas semanas después, la inquietud sobre el euroescepticismo de la nueva administración aumentó cuando los medios de comunicación se hicieron eco del posible nombramiento como embajador de Estados Unidos ante la UE del euroescéptico Ted Malloch, profesor que había celebrado el Brexit y presagiado el colapso del euro y de la propia Unión. El nombramiento no llegó a confirmarse, pero generó una fuerte reacción en el Parlamento Europeo.

**Belén Becerril Atienza** es profesora de Derecho de la Unión Europea y subdirectora del Instituto de Estudios Europeos en la Universidad CEU San Pablo. Este artículo se ha elaborado a partir del estudio “La apuesta de los Estados Unidos por la unidad europea en el marco del Plan Marshall. El apoyo norteamericano y la obstrucción británica en el umbral de la integración europea (1947-1951)”, publicado en la *Revista de Derecho Comunitario Europeo* 56, 2017. Para desarrollar el estudio se ha consultado el archivo de la oficina del departamento de Estado de EEUU y la Biblioteca del Congreso, en Washington DC, el archivo de George Marshall en Lexington y la biblioteca de la Universidad William and Mary, en Virginia. La investigación ha contado con una ayuda del PDI de las Universidades CEU con la colaboración del Banco Santander.

La construcción de una Europa fuerte fue prioridad de la política exterior de Estados Unidos tras la Segunda Guerra mundial. Tan perseverantes fueron los estadounidenses en favor de la integración de los europeos como los británicos en su oposición.

---

Más allá de las declaraciones, el desafecto del presidente de EEUU por la integración europea se puso de manifiesto tras su paso por Europa en mayo, con motivo de la cumbre de la OTAN en Bruselas y el encuentro del G-7 en Taormina (Italia). Aquellos días confirmaron el debilitamiento de la relación transatlántica y dejaron en evidencia, una vez más, el desinterés de Trump por las instituciones europeas.

La pérdida del apoyo estadounidense a la integración y, más aún, su cuestionamiento explícito llaman la atención por cuanto la promoción de la unidad europea fue una prioridad de la política exterior de EEUU tras la Segunda Guerra mundial. En un momento en que Europa parecía al borde del colapso, en el departamento de Estado apostaron fuerte por la unidad europea, conscientes de que solo esta podría asegurar la viabilidad de sus economías, posibilitar la integración de Alemania en Occidente y hacer frente a la amenaza soviética. En palabras de Henry Kissinger, de 1973, “ningún elemento de la política americana de la posguerra ha sido más consistente que nuestro apoyo a la unidad europea”.

¿Cuáles fueron las motivaciones, el alcance y los efectos de la apuesta estadounidense por la integración? ¿En qué medida EEUU fue un gran valedor de la integración, tal vez, incluso, su principal valedor, entre 1947 y mayo de 1950? ¿Cuándo y por qué comenzó la pérdida de interés por la integración europea en EEUU?

## El despertar del interés por la integración

Hasta bien entrados los años cuarenta hay pocas muestras de interés por la integración europea en EEUU. La administración parecía apostar por una aproximación universal, sin componentes regionales, en el marco de las nuevas Naciones Unidas. Sin embargo, a partir de 1946 se puso de manifiesto un incipiente interés. De aquel año data la primera propuesta formal de integración europea dentro del departamento de Estado. Fue formulada por Walt Rostow y Charles Kindleberger, y recibió el apoyo del subsecretario de Asuntos Económicos, Will Clayton, y el subsecretario de Estado, Dean Acheson. Jean Monnet, por aquel entonces en Washington, apoyó en la sombra el proyecto y lo defendió ante Acheson, con quien mantenía una estrecha relación. La propuesta no prosperó, pero la idea de la integración comenzó a calar en el departamento.

El primer apoyo público de un líder relevante vino de John Foster Dulles, un abogado republicano, amigo íntimo de Monnet. Dulles, que abogaba por la reducción de las barreras comerciales en Europa, pronunció un discurso en 1947 en el que sostenía que el futuro de Alemania debía resolverse en el marco de la unidad económica de Europa y proponía un futuro federal que EEUU debía inspirar y orientar.

La idea de la integración llegó también al Capitolio. En marzo de ese año el senador William Fulbright impulsó una resolución, que no llegaría a votarse, que promovía “la creación de unos Estados Unidos de Europa en el marco de la ONU”. También los medios de comunicación se hicieron eco y, en los primeros meses de 1947, la idea de la integración europea se defendió con vehemencia en la prensa, con continuas referencias a la experiencia federal norteamericana y a sus padres fundadores. Se publicaron editoriales y artículos en medios como *Wall Street Journal*, *Washington Post* y *New York Times*. Entre los más entusiastas estaba Walter Lippmann, uno de los periodistas más influyentes de Washington y buen amigo de Monnet.

## La idea de la integración en la concepción del Plan Marshall

La apuesta estadounidense por la integración tuvo lugar en 1947 y constituyó un elemento crucial del Programa de Reconstrucción Europeo, más conocido como Plan Marshall. En abril, el general volvía de Moscú consciente de la situación crítica de las economías europeas, así como de la imposibilidad de llegar a un acuerdo con los soviéticos, cuyo interés parecía estar más



**De izquierda a derecha, el secretario de Estado de EEUU Dean Acheson, el canciller alemán Konrad Adenauer, y los ministros de Asuntos Exteriores de Francia y Reino Unido, respectivamente, Robert Schuman y Anthony Eden (Londres, 22 de noviembre de 1951). GETTY**

bien en su quiebra bajo cualquier liderazgo que no fuese el comunista. A partir de ese momento, el departamento de Estado dedicó sus energías y sus mejores hombres, provenientes del sector público y del privado, al futuro de Europa. Para los estadounidenses resultaba prioritario diseñar un programa viable, que pusiese en pie las economías europeas transcurridos cuatro años, de modo que pudiesen poner fin a su financiación. En este contexto, la integración se fue consolidando como un elemento necesario para la viabilidad económica de Europa.

En la gestación del plan destacan tres contribuciones, cada una de las cuales se referiría ya a la integración de las economías europeas. En primer lugar, el discurso del 8 de mayo de Acheson, que presentaba a la opinión pública la gravedad de la situación. Señalaba también que la recuperación no sería completa hasta que las diversas partes de la economía europea no trabajasen en conjunto como un todo armónico: “El logro de una economía europea coordinada sigue siendo un objetivo fundamental de nuestra política exterior”. En segundo lugar, destaca el trabajo de George Kennan, director del nuevo Policy Planning Staff. Sus memorandos de mayo constituyeron una clara apuesta por la integración: el programa de ayuda debía ser “suplementario a un programa de colaboración económica intramuros entre los países

de Europa occidental” y debía estar “diseñado con el fin de promover y contribuir a algún tipo de asociación política regional de los Estados de Europa occidental”. Kennan proponía un programa conjunto; debía ser, “por razones psicológicas y políticas tanto como por razones económicas, un programa acordado internacionalmente”. En tercer lugar, destaca el memorándum de mayo de Clayton. Este sostenía que la ayuda debía basarse en un plan europeo y en “una federación económica europea del orden de la unión aduanera de Bélgica, Holanda y Luxemburgo”. En su opinión, Europa no podría recuperarse de la guerra y volver a ser independiente si su economía continuaba dividida en pequeños compartimentos estancos.

El 5 de junio, el general Marshall pronunciaba su célebre discurso en la Universidad de Harvard en el que requería una iniciativa europea y un programa “conjunto, acordado por un número, si no todos, los países europeos”. El borrador de ese discurso mencionaba incluso que EEUU debía promover “el incremento de la unidad europea”.

## La apuesta por un programa de reconstrucción conjunto

Aquel verano, los 16 Estados participantes iniciaron en París los trabajos para acordar el programa de reconstrucción. Desde el inicio, el departamento de Estado hizo hincapié en la integración y planteó el objetivo de avanzar hacia una unión aduanera, esperando que Reino Unido asumiese el liderazgo de las negociaciones. Sin embargo, los británicos atravesaban un momento difícil, con problemas en su balanza de pagos y, temiendo los efectos en su comercio con la Commonwealth, se opusieron a la idea de la unión aduanera. Por lo demás, no querían ser objeto del mismo trato que los otros europeos y señalaban que la política integracionista propuesta por los americanos no tenía en cuenta la realidad del Imperio Británico. También temían sus posibles efectos en el empleo, prioritario para el gobierno laborista.

Francia, por su parte, discutía el incremento de la producción industrial alemana que proponían los estadounidenses. Se mostraba en cambio más abierta a la posibilidad de una unión aduanera, como también lo hacían Italia y los países del Benelux, aunque todos ellos en unos términos alineados con sus intereses nacionales.

En septiembre, los europeos acordaban un plan que se limitaba a recoger una cuantiosa factura con una larga lista de necesidades nacionales. Los documentos del departamento de Estado ponen de manifiesto su sensación de decepción ante las objeciones británicas y la resistencia europea a plan-

tear un programa conjunto y de mayor ambición. No obstante, la situación europea era de tal gravedad que no había tiempo que perder. El departamento apoyó el plan tras requerir algunas modificaciones que incidían en la estabilización de las divisas y el incremento de la circulación de bienes y servicios. También insistieron en el establecimiento de una organización multilateral que continuase revisando el programa, con la esperanza de llevar a cabo el trabajo que en su opinión los europeos tenían pendiente.

A partir de ese momento los norteamericanos se concentraron en el funcionamiento de la nueva Organización Europea de Cooperación Económica (OECE). Propusieron dotarle de importantes competencias, de modo que pudiese designar, sin tener en cuenta fronteras nacionales, las instalaciones productivas que se pondrían en funcionamiento. Sin embargo, varios Estados europeos, liderados por Reino Unido, discreparon al señalar que tal cosa implicaría un deterioro de su soberanía. Las reticencias europeas constituían un problema para el departamento de Estado, que precisaba el apoyo de un Congreso cada vez más convencido de la necesidad de la integración. Los senadores Fulbright y Alexander Smith así como el congresista Kersten apoyaban con vehemencia “la unificación política de Europa” y “una federación de Estados europeos”, y reclamaban avances en la integración para aprobar las partidas presupuestarias.

El diseño de la OECE planteó nuevas dificultades. Los estadounidenses querían una secretaría fuerte bajo una figura destacada, y un consejo capaz de tomar decisiones por mayoría. Francia se manifestaba también en esta línea, pero Reino Unido se opuso, proponiendo en su lugar una secretaría con meras funciones administrativas de modo que las competencias relevantes recayesen en una institución que representase a los Estados. Finalmente, los europeos, en la línea defendida por los británicos, propusieron una organización estrictamente intergubernamental. A pesar de su decepción, el departamento de Estado se inclinó por respetar el punto de vista europeo y promovió la redacción de un texto flexible, esperando que la secretaría asumiese poco a poco funciones más relevantes.

## La apuesta por la integración en la OECE

Tras la firma de la Convención de la OECE, en abril de 1948, los estadounidenses se esforzaron por hacer lo máximo de la nueva organización. Apostaron por concederle importantes competencias, incluso la delicada responsabilidad de establecer la división de la ayuda. Solo así –pensaron–

podrían atraer a los líderes más capaces y lograr su objetivo de alcanzar “una mayor integración y unificación europea”.

Para EEUU resultaba prioritario contar con personas del máximo prestigio y, en especial, con la dirección de un hombre de posición política internacional, capaz de evitar que prevaleciesen los intereses nacionales. Sin embargo, los británicos se opusieron. Como expresaba el director de operaciones de la ECA –la agencia responsable del Plan Marshall–: “La representación británica en París está muy por debajo del rango que creemos neces-

## A lo largo de 1949, EEUU comenzó a asumir que Reino Unido no lideraría la integración europea

sario para que Reino Unido ejerza un liderazgo efectivo en la OECE. Por otra parte, los británicos se han opuesto sistemáticamente a una secretaría fuerte que pueda, en cierta medida, sustituir su liderazgo directo”. Los británicos se opusieron también a la propuesta de destinar el 10% de la financiación a un uso multila-

teral. En esta y otras ocasiones trataron de alcanzar un acuerdo entre los europeos que pudiesen presentar a los estadounidenses como un hecho consumado. Este tipo de situaciones se repitió después. El representante especial para Europa, Averell Harriman, se lamentaba desde París: “No podemos seguir tolerando este tipo de maniobra británica”.

Mientras, el Congreso volvía a reclamar avances en la integración. El comité de Política Exterior del Senado aprobó una enmienda que insertaría en el preámbulo de la norma las palabras “para promover la unificación de Europa”. También la Cámara de Representantes recordaba que la promoción de la unión de Europa era “inherente a todo el programa de reconstrucción europea”. En septiembre de 1949, el clima de pesimismo en la OECE se agravó por las dificultades para alcanzar acuerdos y la imposibilidad de incluir en los créditos, como los estadounidenses habían esperado, un fondo para facilitar la liberalización comercial. Para el departamento de Estado, a cuyo frente Acheson había sucedido al general Marshall, la delicada situación de la OECE se debía en parte a la ausencia de un líder con la autoridad y el prestigio necesarios. Por ello, redoblaron sus esfuerzos para que el belga Paul-Henri Spaak, cuya posición a favor de la integración europea era bien conocida, pudiese asumir esa responsabilidad. Francia y Bélgica se pronunciaron a favor del nombramiento, pero la oposición británica fue total. El

embajador de EEUU en Londres informaba sobre la reacción del ministro de Asuntos Exteriores británico: “Ernest Bevin dijo que había renunciado a la presidencia del consejo de ministros OECE a favor de Bélgica, que Spaak ya era presidente del Consejo de Europa, y quería saber si los belgas iban a ser presidentes de todo”. Ante la oposición británica, Acheson renunció a seguir promoviendo la candidatura.

Mientras, el departamento de Estado redoblaba sus esfuerzos por avanzar en la liberalización comercial. El informe Geiger, preparado en la ECA, atribuía las dificultades europeas al nacionalismo económico y a la reducida dimensión de sus mercados y proponía “un mercado doméstico único, altamente competitivo, de suficiente tamaño y dimensión para soportar la producción y el consumo de masas”. Ello requería “la eliminación de las barreras a la libre circulación de mercancías, personas y finalmente capital”. Era pues esencial que la ayuda estadounidense se aprovechara para inducir los cambios estructurales necesarios. Por este motivo, Paul Hoffman –al frente de la ECA en Washington– viajó a Europa para pronunciar en octubre un discurso en el que propuso “la integración de la economía de Europa occidental”. Hoffman señalaba que, lejos de un mero ideal, la integración era una necesidad práctica.

## El apoyo en la sombra al Plan Schuman

A lo largo de 1949, el departamento de Estado comenzó a asumir que Reino Unido no lideraría la integración europea y habría que contemplar escenarios alternativos. En palabras de Kennan: “Con Gran Bretaña jugando un papel activo en una asociación europea, la federación es imposible, y sin federación no existe un marco adecuado dentro del cual manejar el problema alemán”. A pesar de las dudas sobre la capacidad de Francia para asumir ese papel o la disposición de otros para aceptarlo, esta posibilidad fue abriéndose camino y fue respaldada en octubre por Acheson, en lo que puede considerarse un punto de inflexión en la política de EEUU, pues hasta entonces, una Europa sin el liderazgo británico parecía impensable: “Francia necesita tomar la iniciativa rápida y decisivamente (...) Solo Francia puede asumir el liderazgo en la integración de Alemania occidental en Europa occidental”. Acheson advertía también que no consentirían “ningún intento de Reino Unido de obstaculizar la integración”.

En este contexto no es de extrañar la positiva recepción en el departamento de Estado del Plan Schuman, que proponía la puesta en común de la produc-

ción de carbón y acero. En los días siguientes se sucedieron las manifestaciones de apoyo de Acheson, Harriman, Hoffman, Dulles y del mismo presidente Harry Truman, quien denominó la propuesta “un acto constructivo de un hombre de Estado”. El apoyo se debía a que el plan afrontaba dos cuestiones cruciales: la integración de la economía europea y el alineamiento de Alemania del lado de Occidente. De la reacción estadounidense cabe destacar su cautela, comprensible a la luz de la experiencia habida en la OECE. El departamento consideró fundamental que la iniciativa permaneciese en

**EEUU ejerció su influencia para evitar que las reticencias británicas disuadiesen a otros y, sobre todo, obstruyesen el proyecto**

manos europeas. Se decidió que EEUU no participaría en las negociaciones, aunque se mantendrían canales de información con París y Bonn, donde el embajador David Bruce y el alto comisionado John McCloy mantenían una estrecha relación con Monnet. Acheson señaló a priori las dos razones que podrían justificar una más contundente intervención estadounidense, como en efecto suce-

dería: para evitar que “la propuesta se diluyese a instancias de uno de los participantes (Reino Unido, por ejemplo)” o para asegurar “el mantenimiento de los elementos económicos positivos”, es decir, las cláusulas anticártel.

Los estadounidenses ejercieron su influencia para evitar que las reticencias británicas disuadiesen a otros y, sobre todo, que obstruyesen las negociaciones. Así ocurrió cuando los británicos transmitieron a la prensa un comunicado proponiendo una conferencia ministerial sobre el Plan Schuman, a sabiendas de que los franceses ya les habían comunicado su desacuerdo por temor a replantear su propuesta, que había sido bien recibida por Alemania, Benelux e Italia. Los embajadores en París y Londres no dejaron lugar a dudas sobre la intención británica. Para el primero la manera en que Reino Unido “ha intentado últimamente sabotear la propuesta de Schuman muestra una falta de comprensión y una ineptitud en las relaciones diplomáticas bastante inusual”. El embajador en Reino Unido escribía que el comportamiento británico pretendía “desenganchar a las otras potencias continentales de la propuesta francesa”. Sobre sus motivos señalaba que, “por un lado, no estaban dispuestos a participar en la propuesta de Schuman y, por otro, no estaban dispuestos a pagar las conse-

cuencias de no unirse”. La única forma en que podían escapar de ese dilema era “frustrar la totalidad del proyecto o redefinirlo a su manera”. En los meses siguientes, EEUU no dejó de incidir sobre su respaldo al plan. Cabe preguntarse qué efectos habría tenido la actitud británica si Washington no hubiese transmitido a las capitales –Londres incluido– tan firme apoyo. En cuanto a la nueva organización, los estadounidenses se manifestaron a favor de un diseño supranacional y mencionaban “el espíritu original de la declaración Schuman”. Apoyaron una alta autoridad fuerte, y manifestaron su preocupación porque el consejo de ministros mermase sus poderes.

Del apoyo de EEUU al Plan Schuman queda por destacar su intervención en el tramo final de las negociaciones. Los últimos obstáculos fueron las disposiciones relativas a los cárteles, pues Alemania temía que perjudicasen su industria del acero. La intervención estadounidense fue decisiva para lograr el acuerdo del canciller y levantar los últimos obstáculos en las capitales, a las que se trasladó que la conclusión del Plan Schuman era “un objetivo directo de la política de EEUU”.

## Sobre el apoyo estadounidense y su cuestionamiento hoy

La apuesta de la administración norteamericana por la integración europea sorprende por su persistencia y capacidad para redefinirse una y otra vez, tras cada iniciativa frustrada por las reticencias europeas. Tan perseverantes fueron los estadounidenses en favor de la integración como los británicos en su oposición. En realidad, llama la atención que su resistencia no tuviese más consecuencias en las relaciones bilaterales. Lo cierto es que, a pesar de la exasperación de algunos responsables del Plan Marshall, otras voces en el departamento no eran insensibles a la peculiar situación de Reino Unido, al tiempo que compartían su interés por el sostenimiento del imperio, donde consideraban que los británicos desempeñaban un papel que ellos no podrían asumir. Hasta el otoño de 1949 el departamento de Estado no asumió la imposibilidad de que Reino Unido liderase la integración, abriendo el camino a Francia, que asumiría ese papel en mayo de 1950.

De algún modo, el Plan Schuman y las Comunidades realizarían entonces los objetivos frustrados del Plan Marshall. Lo harían, a diferencia de la OECDE, con un impulso político que partió de Europa, sin Reino Unido y tan solo con seis Estados miembros. Pero lo harían del modo que los promotores del Plan Marshall habían soñado, con una integración de los mercados y unas instituciones supranacionales. El avance de la integración fue cohe-

rente con la visión original del plan y contó con el apoyo en la sombra de Washington, pero partió de París.

No está de más recordar hoy los motivos que latían tras la apuesta de EEUU por la integración: la construcción de una Europa fuerte, capaz de resistir la amenaza del exterior, que en aquel momento constituía la Unión Soviética, la solución del problema alemán, la construcción de un mercado de dimensión suficiente para estimular el crecimiento... Frente al círculo vicioso del nacionalismo económico, al que atribuían las dificultades europeas y que hoy muchos miran con nostalgia, los estadounidenses apostaron por unas instituciones capaces de gestionar la interdependencia económica.

Poco parece quedar, sin embargo, en estos días del Brexit, de la mayoría de motivos que los británicos invocaban para justificar ante EEUU su falta de colaboración en sus planes de integración. Ni el Imperio, ni los flujos comerciales con la Commonwealth, ni las dificultades del área esterlina, ni el énfasis en la planificación del gobierno laborista... Sí persiste, en cambio, esa reticencia a ceder soberanía, más acusada en momentos de dificultad, que tristemente se impuso en el referéndum del Brexit.

Del intenso trabajo realizado en el departamento de Estado sobre la posibilidad de la integración cabe señalar dos elementos que, desde su experiencia federal, consideraban prioritarios y pueden ser de utilidad para la Unión de nuestros días: el énfasis en un fuerte liderazgo, capaz de forjar un interés común por encima de los intereses nacionales, y el diseño de unas instituciones de carácter supranacional. En estos años en los que, tras la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, parece consolidarse una UE más intergubernamental, resulta de interés recordar cómo desde el departamento de Estado se sostenía que solo unas instituciones verdaderamente supranacionales podrían hacer realidad un mercado integrado.

Por último, cabe también preguntarse en qué medida se ha mantenido ese énfasis en la integración europea en la política exterior de EEUU. Tras la puesta en marcha de las Comunidades, el apoyo a la integración se mantuvo sólido muchos años. A partir de la década de los setenta fue cediendo, a menudo, debido al temor de que la integración del mercado europeo pudiese perjudicar los intereses comerciales estadounidenses. Hasta nuestros días, sin embargo, no ha sido objeto de una abierta contestación en círculos académicos y políticos.

Este cuestionamiento actual, sin embargo, no tiene solo que ver con la UE. El profesor de la Universidad de Princeton Andrew Moravcsik explicaba en 2000 cómo la oposición a toda cesión de soberanía en las organizaciones

internacionales se ha acentuado en los últimos años, particularmente en la ala derecha del espectro político. Desde una perspectiva crítica con el multilateralismo, no resulta extraño que algunos hayan cuestionado la cesión de soberanía que caracteriza a la Unión, planteando si un mundo más alineado con ese diseño, en el que la soberanía nacional tiene menos significado, es el que conviene a los estadounidenses. Para algunos, por el contrario, la UE constituye un desafío a los objetivos e ideales políticos estadounidenses, y sugieren que EEUU actúe en la escena internacional como una fuerza en sentido contrario. Moravcsik señalaba también la influencia poderosa y desproporcionada que los conservadores euroescépticos británicos ejercen en la opinión sobre Europa de los conservadores estadounidenses.

Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar que en la actualidad las voces euroescépticas se hayan fortalecido al otro lado del Atlántico. Algunos como Jakub Grygiel, profesor en la Universidad Johns Hopkins consideran incluso que, para EEUU, “una Europa de los Estados-nación sería preferible a la desarticulada UE de nuestros días”, y que “Europa solo será capaz de hacer frente a sus desafíos de seguridad más apremiantes cuando se abandone la fantasía de la unidad continental”.

Así pues, a pesar de la sorpresa causada por las euroescépticas declaraciones del presidente Trump, lo cierto es que estas son plenamente consistentes con otros elementos de su política internacional. Una política que cuestiona toda cesión de soberanía en las organizaciones internacionales y que, como se ha puesto de manifiesto en su decisión de abandonar el Acuerdo de París, rompe con el multilateralismo que el propio EEUU había promovido y liderado tras la Segunda Guerra mundial. Tras esta posición no late solo la idea de que la soberanía y la independencia nacional deben primar por encima de cualquier otro objetivo, sino también la resistencia de un sector del Partido Republicano a comprometerse internacionalmente en determinadas políticas.

Sea como fuere, hoy podemos afirmar que Trump se equivocó en sus declaraciones sobre la integración europea. Brexit no parece ser “una gran cosa”, ningún Estado se ve tentado a seguir el ejemplo británico y la Unión no está en vías “de desintegración”. Bien al contrario, el propio presidente parece haberse convertido, a su pesar, en un catalizador para avanzar en mayor medida en la integración. Como decía la canciller Ángela Merkel, el destino de los europeos está –hoy más que nunca– en nuestras propias manos.